

ESPADAS EN LA FRONTERA



Eugenio Fraile

"Durante los épicos y turbulentos años de la Reconquista medieval hispánica en lucha contra el invasor musulmán, no sólo brilló con luz propia la mítica figura de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Hubo una serie de héroes anónimos, hombres tenaces y valientes, que con el acero y el fuego defendieron cada palmo de tierra que lograban recuperar de manos infieles.

Esta es la crónica de uno de aquellos guerreros y de lo que ocurrió cuando Castilla era aún un condado dependiente de la soberanía de los reyes de León, en la parte más oriental de sus territorios.

Al amparo de los escudos castellanos, familias enteras de colonos que bajaban de las estribaciones de las montañas cántabras, gallegas y navarras, con la azada en una mano y la espada en la otra, marchaban por la Meseta Central hacia los fértiles valles reconquistados en el sur.

De trecho en trecho se alzaban poblados fortificados ganando tierras a las extensas llanuras y bosques profundos recorridos por osos, lobos y abundante caza.

Corre el año 943 y el conde castellano Fernán González, aprovechando las luchas internas que dividen a los nobles leoneses, ha alzado a sus caballeros y al pueblo por la independencia de Castilla contra la dominación leonesa del rey Ramiro. Mientras los nobles de brillantes armaduras y los rudos soldados chocan atacando y contraatacando en las ensangrentadas llanuras cercanas a Burgos, los hombres de las marcas fronterizas luchan en las umbrías espesuras y oquedades serranas conteniendo a las partidas de beréberes que recorren la frontera en acciones de saqueo y pillaje, protegiendo el camino hacia el valle del Ebro ..."

- De la Crónica Histórica-

1. Una Escaramuza Nocturna

Me detuve en el borde del claro del bosque. Acababa de abrirme paso por entre unos densos matorrales y procuraba aguzar el oído para localizar cualquier ruido inusual a mi alrededor. Reinaba una aparente quietud, sólo rota en parte por el lejano y monótono ulular de alguna lechuza oculta en la floresta circundante. Más cercanos, podían escucharse los poderosos gorjeos nocturnos de las chotacabras y los agudos silbidos de las vivitas.

Por encima de mi cabeza los húmedos bejucos formaban un techo espeso, y más arriba aún, las tupidas ramas de los añosos robles, olmos y abetos, se entrelazaban en un abrazo más cerrado.

No se alcanzaba a ver una sola estrella a través de la bóveda de hojas que una débil brisa agitaba mansamente. Unas nubes bajas parecían apretarse contra las mismas copas de los árboles y entre los escasos claros del cielo nocturno, de vez en cuando, acertaba a asomarse lúgubrementemente el desvaído halo luminoso de una rojiza luna. Aquellas circunstancias eran ideales para mí, ya que la oscuridad me beneficiaba en mi labor de exploración por la línea fronteriza, recorrida día y noche por grupos de jinetes beréberes ávidos de sangre y botín fácil.

Así pues, avancé rodeado por el manto de la noche, tanteando cuidadosamente el aguzado filo de mi ligera hacha de doble hoja sujeta al cinturón de mi arnés por una fuerte tira trenzada de cuero curtido y notando en mi espalda, a cada paso que daba los reconfortantes golpecitos de mi arco de haya con la funda de piel a su lado repleta de flechas.

Mis ojos escudriñaban atentos para reconocer el estrecho sendero entre los oscuros troncos, sintiendo como las plantas trepadoras y madresevas me rozaban el rostro y las manos. La quietud en la espesura era tan profunda que se alcanzaba a oír el corretear de los ratones de campo y el atareado rascar de las ardillas en busca de su alimento.

Los pasos de las suaves botas de cuero que calzaba daban la sensación de hacer un ruido estruendoso y es que los senderos que cruzaban los bosques de la Sierra de la Demanda eran peligrosos para todo aquel que se internara más allá de la orilla sur del río Oja. Por fin, divisé un fulgor amarillento entre la verde maraña que se extendía ante mí, amenazando con engullirme y al acercarme conteniendo la respiración, escuché un rumor de voces guturales hablando en árabe y en otra lengua desconocida para mí, mezcladas con ruidos metálicos, crepitar de llamas y piafar de caballos.

Debería tener sumo cuidado o lo primero que hallaría en mi camino sería la punta de una daga enterrada en mi pecho ya que, con toda seguridad, aquel grupo de saqueadores tendrían apostados centinelas rodeando el lugar.

Me escurrí fuera del refugio que prestaban unos zarzales y me arrastré en dirección a la claridad que provenía de la hoguera, confiando en que ni siquiera el más despierto de mis enemigos fuera capaz de distinguirme entre aquellas tinieblas de la espesura boscosa.

Por extraños efectos de las llamas, las siluetas de los moros parecían agigantarse contra el umbrío muro del bosque. Forcé aún más si cabe mi vista y calculé que no bajarían de cincuenta jinetes los allí acampados, ataviados con ropajes oscuros, fuertes cotas de malla entrelazada y curvas espadas al cinto. Pero mi sorpresa fue en aumento cuando alcancé a ver el extraño grupo de guerreros que en número de veinte se mantenían apartados del grupo principal. Iban desnudos a excepción de un taparrabos de piel moteada y sus musculosos cuerpos de ébano, pintados con dibujos complicados que para mí no tenían significado alguno, brillaban sudorosos en la noche.

Rebuscando en mi memoria recordé haber oído contar a los exploradores más veteranos de la frontera que los beréberes solían llevar en sus incursiones a estos oscuros guerreros del interior de sus tierras, llegando a superarles en salvajismo y frenesí combativo.

Africanos les llamaban y se decía que adoraban a horribles deidades paganas a las que ofrecían sacrificios humanos. No abrigaba ninguna duda al decirme a mí mismo que aquellos individuos que se hallaban tumbados o sentados en amplio semicírculo alrededor del fuego, eran los mismos que al alba habían saqueado e incendiado una pequeña aldea de colonos varias leguas al oeste de donde nos encontrábamos ahora. Todos sus habitantes habían sido masacrados,

lo que explicaba que me encontrara allí espiándoles en la noche. Yo realizaba otro cometido en el momento de hallar la aldea arrasada y me encaminaba en dirección contraria, pero ante tal hecho juzgué prudente y necesario averiguar las fuerzas de la partida que había realizado el asalto e informar al puesto fronterizo más cercano. Así pues, me puse tras las huellas de los asaltantes, y aunque iba a pie, ya que en las serranías y bosques de la frontera un caballo era más un estorbo que un medio rápido de viajar, mi paso no era lento, acostumbrado como estaba a perseguir durante horas a ciervos, venados o jabalíes por los bosques.

El rastro de los asaltantes no fue nada difícil de seguir ya que, creyéndose a cubierto de cualquier represalia, no se habían molestado en ocultarlo.

En aquel momento, conforme estaba observando, pude ver a tres guerreros que arrastraban a una figura hacia la hoguera. Se trataba de una mujer joven, medio desnuda y ensangrentada que se debatía entre los brazos de hierro de sus captores, forcejeando inútilmente ante las carcajadas de los moros y las miradas relucientes de los guerreros africanos.

Uno de los beréberes, de aspecto voluminoso y barbudo, con la seguridad que muestra aquél que está acostumbrado a dar órdenes, trató de besar el cuello de la mujer. Pero ésta, tras soltarse de improviso de las manos que la atenazaban, se lanzó con los dedos engarfiados sobre el rostro del que pretendía besarla.

El grueso individuo, al sentir cómo las uñas de la prisionera desgarraba sus mejillas en surcos sangrientos, gruñó de sorpresa, rabia y dolor. Alzó un puño recubierto por un guantelete de acero y golpeó el rostro de la infortunada. La mujer cayó al suelo con un grito agudo de dolor y ya para entonces, una curva y afilada cimitarra descendía sin piedad hundiéndose en su corazón.

Todo había ocurrido muy rápido y cuando mi mente reaccionó, tras barrer las brumas del horror que acababa de contemplar, una ira irracional nubló mis ojos con un velo rojo, despojándome de toda prudencia. Poseído por el odio y la frustración, actué instintivamente. Descolgué mi arco de la espalda, coloqué una flecha y la solté, todo en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

La luz de la hoguera era suficiente, la distancia corta y yo tenía buen pulso y ojo, así que gruñí sordamente con satisfacción cuando el emplumado dardo se hundió vibrante en la garganta del asesino allí donde su cota de malla no le protegía. Apenas había caído al suelo cuando los negros, anticipándose a los beréberes, se levantaron al momento y empuñando sus armas corrieron hacia el interior del bosque igual que lobos en busca del arquero que había arrojado la flecha. Sorprendido por tal rapidez, me puse en pie de un salto y olvidada toda precaución comencé a correr velozmente mientras a mis espaldas se dejaban oír las maldiciones y gritos de los infieles que pronto fueron acallados por los bestiales aullidos de sus salvajes aliados, abriéndose en amplio semicírculo tras mis pasos.

El ruido de mi alocada carrera, tronchando ramas y agitando matorrales, les servía de clara referencia en la oscuridad, pero yo no podía detenerme para

ocultar mi rastro. De improviso, mi camino se vio cortado por una oscura figura que se lanzó corriendo sobre mí como un demonio de la noche. Sin duda, debía ser algún guerrero avanzado del grupo perseguidor y que tras adelantarme por un lado del sendero, se había cruzado en mi huída.

Me detuve jadeante, sintiendo cómo el sudor se deslizaba abundante por mi rostro y mi mano se cerró con fuerza en torno al mango de mi hacha.

El africano había llegado casi a mi altura, levantando un pesado venablo que se dirigía a mi pecho, cuando salté de pronto a un lado con la rapidez que da la desesperación, volteando mi hacha en un silbante círculo que fue a hundirse con un golpe seco en el rapado cráneo de mi enemigo, destrozando el hueso hasta lo más profundo.

Su feroz grito de victoria quedó así cortado bruscamente, convirtiéndose en un corto alarido de agonía y muerte que fue contestado por el demencial clamor que se alzaba detrás de mí que más semejaba una jauría de fieras acosando a la presa que voces humanas.

De nuevo eché a correr, abandonada toda cautela confiando en la velocidad de mis piernas y en la juventud de mis músculos endurecidos por la vida en la frontera.

Interiormente rogaba para que no me abriese la cabeza contra cualquier tronco oculto por la oscuridad o tropezara con algún peñasco cubierto por la hierba alta. El bosque pareció ir abriéndose un poco más mientras saltaba esquivando las fragosidades del terreno y vadeaba los cauces poco profundos de los arroyos de montaña, guiándome por la tenue luminosidad que se filtraba por las copas de los árboles. Tuve la impresión de que el cielo se despejaba ligeramente y corrí como alma que lleva el diablo.

Poco a poco los aullidos furiosos de mis enemigos fueron apagándose en la distancia, ya que, a la ventaja que me daba el conocer el terreno por el cual huía, había que unir el hecho de que en lugares escabrosos, ningún jinete, árabe, cristiano o guerrero africano, podía alcanzar en una carrera larga a un joven explorador y cazador de los bosques como era yo, ataviado con el liviano y rústico jubón de piel de gamo, ceñido a la cintura, al igual que mis calzones de cuero, por un cinto del mismo material. Junto con mi hacha y mi arco, una aguzada daga de despellejar completaba mi armés.

Aunque yo no era muy alto, mi robusta constitución de amplias espaldas y brazos de músculos tensos y apretados me distanciaban con mucho de los ablandados habitantes de las ciudades, con cuerpos cebados de grasa. Yo era hijo de generaciones de hombres de la frontera, y al igual que el lobo y el oso, consideraba a los bosques y montañas como mi hogar natural.

Aparté de mi rostro, surcado por pequeñas cicatrices que eran recuerdos de pasadas luchas y cacerías, mis cabellos oscuros, entrecerré mis claros ojos y apretando los dientes aumenté la velocidad de mi carrera.

No surgió de la oscuridad sombra u hombre alguno, salvo algún que otro jabalí que, gruñendo, abandonaba la senda asustado y se perdía por entre las jaras.

Por fin, entre la espesura que delimitaba la estrecha garganta de un desfiladero, divisé algunas luces que brillaban con un parpadeo agónico a lo lejos.

Respiré con alivio al reconocer en aquellas señales la presencia de La Avanzada, el poblado castellano fortificado más al sur de la frontera.

2. Un Puñado de Hombres en un Territorio Salvaje

Me llamo Conrado Davídez y soy el hijo de Sisnando el Cazador. Tiempo atrás de este suceso, los beréberes habían cruzado la frontera a sangre y fuego más allá del río Tajo, cayendo como una plaga mortal sobre los pueblos y aldeas, asesinando a muchos campesinos desamparados, lo que hizo retroceder a los colonos hacia la protección de las murallas de Burgos.

La frontera se convirtió de nuevo en un territorio inhóspito, que sólo recorrían los animales salvajes, bandidos, cazadores y partidas de moros.

Poco a poco, y debido a la escasez de tierras cultivables en los territorios reconquistados, los colonos se atrevieron, bajo la protección de algunos soldados veteranos y cazadores, a levantar de nuevo poblados a lo largo de la frontera. Pero esta vez, recordando la amarga lección, aprendieron a luchar y fortificaron sus hogares sin ayuda alguna de la nobleza leonesa, sosteniéndolos en los breves períodos de paz y en los de intensa lucha.

Así fueron naciendo las nuevas generaciones de hombres y mujeres de las marcas fronterizas castellanas, gente ruda, tenaz y valiente que no pagaban impuestos a ningún noble y cuyo gobernador, elegido por ellos mismos, sólo era responsable ante el Consejo de Burgos, ignorando con claro desprecio las leyes que el rey de León y sus nobles trataban de imponer por fueros a los castellanos.

Yo había nacido en la frontera, como mi padre y el suyo, y a pesar de las constantes luchas, conseguimos lograr junto a otras familias que aquellos territorios fueran relativamente seguros y civilizados, rechazando los continuos ataques de los moros.

Pero en la mente de todos anidaba el deseo de conseguir en un futuro que las marcas fronterizas fueran independientes de la corona leonesa.

Así estaban las cosas cuando hasta nosotros llegaron rumores de que había estallado la guerra entre el conde Fernán González, noble castellano y el rey de León para liberar a Castilla del yugo leonés. Las llamas del conflicto alcanzaron pronto la frontera, llevándose a muchos buenos soldados y exploradores bajo los estandartes castellanos, dejando prácticamente desguarnecidos los fortines fronterizos y llevando de nuevo el temor a los corazones de los colonos. Yo mismo me apresté sin demora a luchar al lado del buen conde y tras un tiempo de batallar volvía ahora a la frontera como portador de un mensaje para el gobernador de las marcas que bien podía cambiar la suerte de la contienda entre castellanos y leoneses.

La Avanzada era un recio fortín formado por medio centenar de cabañas de troncos y piedras, protegidas por una alta empalizada de maderos. Estaba situado a la entrada del desfiladero de La Quebrada, paso natural hacia los valles

y pueblos de las llanuras. Por lo tanto era un punto geográfico de suma importancia estratégica a defender a toda costa, por ser el camino a seguir de cualquier ejército que marchara sobre Burgos desde el Sur.

Sobre la pálida franja del amanecer en el horizonte divisé la enseña que ondeaba en la estacada y que no era otra que el emblema de Castilla. El pabellón real, león sobre castillo, no había sido izado. Aquello tenía un significado muy claro lo cual me hizo jurar con satisfacción ya que dejaba bien patente de que lado se inclinaba la fidelidad de sus defensores.

Crucé la pequeña cañada que desembocaba en el desfiladero cuando amanecía y tras vadear las aguas de un riachuelo me hallé en la otra orilla, frente a la estacada. Vi moverse algunas cabezas cubiertas con gorros y cascos por encima de los parapetos y antorchas ardiendo tras las troneras, así que grité pidiendo que me abrieran el grueso portón de troncos cruzados reforzado con pesadas cadenas de hierro.

Un centinela de rostro barbado se asomó por encima de las defensas y mientras sus ojos de mirada escrutadora no perdían detalle de la floresta que se extendía a mis espaldas, me interrogó con voz bronca, tensando a un tiempo con firmeza la cuerda de su arco.

- ¿Quién eres muchacho y que buscas aquí? -aquellas muestras de desconfianza no me impresionaron en absoluto ya que vivíamos unos tiempos de confusión y luchas, donde lo único seguro era el acero que cada hombre empuñaba, así que contesté con voz no menos dura que la suya.

- ¡Soy Conrado Davídez y traigo noticias para Vítulo, el gobernador de las marcas!

Al oír el nombre del gobernador el hombre asintió brevemente y dando una fuerte orden, la puerta se abrió lentamente lo justo para permitirme el paso. Enseguida me vi rodeado de varios hombres ataviados con capas de pieles y jubones de cuero, armados fuertemente, donde destacaban unos pocos cubiertos con cotas de malla.

Detrás de aquel grupo de hombres alcancé a ver un nutrido grupo de mujeres y niños. Sin duda, los colonos habían reunido allí a sus familias para mayor seguridad.

Con un movimiento de la mano, el hombre que me había dado el alto desde la empalizada me indicó que le siguiera. Cuando avanzaba por el patio principal del poblado, en cuyo centro se alzaba un gran pozo de altos brocales del cual se extraía el agua, comprobé que todos clavaban en mí unas miradas entre curiosas y recelosas. Sin embargo, mi gastado atuendo de pieles demostraba bien a las claras que yo también era un hombre de la frontera.

La Avanzada era una típica población fronteriza, concebida para la defensa y donde incluso la residencia del gobernador, una gran casa construida con piedras y troncos al lado de las caballerizas y los corrales del ganado, se identificaba con la austera arquitectura restante. Pronto me hallé ante el gobernador en persona, ya que las audiencias y protocolos estaban de más en las marcas.

La vida social de un hombre de la frontera se reducía a cazar, luchar, beber vino en las tabernas y jactarse ante las mozas y campesinos. Y era una buena vida, podéis creerme.

Vítulo era un hombre alto y fibroso, de hombros anchos en edad madura. Vestía, al igual que el resto de sus hombres, con una mezcla de pieles y cota de malla, con una recta espada al cinto. Lo más destacable de su físico eran sus largos y canosos cabellos y un poblado bigote de guías caídas que le prestaban un aspecto de leonina fiereza, así como la férrea determinación que se adivinaba en sus ojos.

Media docena de hombres estaban con él, sentados alrededor de una tosca mesa de madera sobre la cual se veían varias jarras de vino oscuro. Todas las miradas se volvieron hacia mí cuando mi circunstancial guía y yo penetramos en la estancia.

El gobernador me miró con atención e hizo una seña para que tomara asiento en un taburete cercano ofreciéndome una jarra de vino al tiempo que hacía un gesto con la cabeza despidiendo a mi acompañante. Tomé un trago largo sintiendo su áspera calidez por mi garganta y ya sin dilación y más reconfortado comencé a hablar.

-Soy el hijo de Sisnando el cazador y os traigo un mensaje del Consejo de Capitanes del Conde Fernán González -repuse.

-Yo conocí a tu padre y luché a su lado. ¿Cómo puedo saber si en verdad eres su hijo y que te envía el Consejo de Burgos? -preguntó con voz profunda y tranquila Vítulo-Podrías ser un espía al servicio del rey leonés.

-Pensé que diríais eso-contesté esbozando una sonrisa cansada-Mi padre siempre me contaba cuando salíamos de caza cómo una vez luchasteis contra un oso, mostrando orgulloso la larga cicatriz que le quedó en el brazo derecho como recuerdo de tal encuentro. Y vos mismo, a tenor del mensaje que os traigo, podréis juzgar si soy un espía o no.

Mi interlocutor asintió con la cabeza, y sus ojos expresaron mayor interés.

-Esto es lo que os he de decir por orden del Consejo-añadí a continuación-El Conde Fernán González espera que los recios hombres de las marcas fronterizas se mantengan leales a Castilla como han demostrado con bravura y que le guarden la retaguardia a su ejército. Hasta Burgos han llegado noticias de una posible alianza entre el rey Ramiro y el emir Abd Al-Rahman. Si esto ocurriera, las tropas castellananas se verían cercadas por el norte por los leoneses y en el sur por los infieles. Y como único escudo, el conde sólo cuenta con las espadas de los hombres de la frontera.

Ante mis sombrías palabras, el gobernador asintió preocupado y puso una áspera mano sobre mi hombro.

-El Conde puede quedar tranquilo ya que como bien sabe, todos nosotros somos leales a Castilla. A pesar de que las marcas fronterizas necesitan hasta el último hombre disponible para defenderlas, muchos colonos y veteranos pelean bajo sus órdenes. Aún así, seguimos guarneciendo los poblados y pasos

fronterizos con los hombres que quedan y que para nuestra desgracia no alcanzan un número muy alto-habló con gravedad Vítulo. Yo moví la cabeza afirmativamente con pesar, pues aquellas palabras no me sorprendían, al tiempo que contestaba.

-Las pérdidas en hombres son grandes y el conde no puede enviarnos muchos refuerzos pues necesita hasta el último soldado para dar la batalla definitiva al leonés. Una columna de trescientos hombres al mando del capitán Gondomar, otro veterano de la frontera, se dirige ya hacia aquí para reforzar La Avanzada.

-Eso ayudará en algo y sé que el capitán Gondomar es un hombre valiente y audaz, pero aún eso es poco y para paliar un tanto nuestra situación, hemos fortificado, más todavía si cabe, este campamento y reunido aquí al mayor número posible de hombres y colonos con sus familias de esta parte de la frontera. Este es el paso obligado para cualquier gran ejército que quiera llegar hasta las llanuras de Burgos, pero salvo algunas incursiones de pequeñas partidas moras, la frontera se mantiene dentro de una relativa calma.

En ese punto de la conversación puse a Vítulo al corriente de mi escaramuza nocturna, hecho que pareció preocuparle sobremanera y levantó apagados murmullos entre los hombres que se encontraban en la estancia. Sobre todo el que hubiera guerreros africanos reforzando a los beréberes.

-Sólo cuento con doscientos hombres aquí, en La Avanzada. Un puñado de hombres para cubrir y controlar un territorio tan extenso y salvaje. Muchas familias de colonos aún no se han refugiado en el campamento y si esa partida de la que nos has hablado está en esta parte de la frontera, podría ocurrir otra masacre. Dicen que la guardia personal de Abd-Al-Rahmán está formada por salvajes guerreros negros y bien podría ser esta una avanzada de su ejército, lo cual me lleva a pensar que la alianza entre el emir y el rey leonés ya se ha consolidado, para nuestro mal. De todas formas muchacho, me alegro de conocerte y te doy la bienvenida a este poblado.

-Os lo agradezco señor-contesté escuchando de pasada durante unos momentos los familiares ruidos del campamento que llegaban hasta la estancia.

-¿Qué otras noticias circulan por Burgos?-me preguntó el gobernador sacándome así de mi ensimismamiento.

-Rumores sin importancia y todos referentes a la guerra, señor -contesté encogiéndome de hombros.

-¡Quiera Dios que ésta acabe pronto y la frontera vuelva a estar bien guarnecida de nuevo! De todos modos no estará de más el que estemos listos para asestar el primer golpe si llegara el caso. Tu presencia me ha dado una idea. Conoces bien este territorio y por lo que deduzco, eres un guerrero veterano a pesar de tu juventud. ¿Podrías internarte en los bosques al frente de un grupo de exploradores y tratar de confirmar la presencia del ejército de Abd-Al-Rahmán en la frontera? Yo mismo lo haría, pero he de preparar la defensa del paso. También avisaréis así a los colonos que aún permanecen en sus tierras para que vengan a refugiarse al poblado.

Me puse en pie con presteza, ocultando a duras penas el júbilo que me producía aquella inesperada petición y contesté con vehemencia.

-¡Es una gran idea señor, ya que un pequeño grupo de hombres pueden hacer más daño a veces que todo un ejército! ¡Os agradezco la confianza!

-¡Bien está Conrado!-dijo el gobernador con satisfacción-Ponte al habla con mis capitanes aquí presentes para elegir a los hombres y marcarte el camino a seguir. Saldréis al anochecer, hasta entonces, procura comer algo y descansar.

La reunión pareció llegar a su fin y todos apuramos nuestras jarras de vino. Durante unos instantes fijé mi vista en una enrejada ventana de barrotes macizos desde la cual alcanzaba a vislumbrar el profundo bosque, con sus ruidos misteriosos, siempre cambiantes y engañosos.

Me estremecí levemente al pensar en los guerreros negros que podían estar deslizándose en silencio, como mortales serpientes, en la sombría boscosidad al acecho de colonos aislados. Con un juramento apagado abandoné la estancia tras de Vítulo y sus hombres. Hasta la llegada de la noche, aún había mucho que hacer.

3. El batir de los Tambores

El río Oja era una cinta difusa entre la floresta profunda que crecía a ambas orillas de su curso. Los remos se hundían suavemente en las aguas, haciendo que la barca avanzara sin ruido alguno. El hombre que se inclinaba en la parte delantera apenas si podía ver unos pocos pasos a su alrededor, pero su instinto y la familiaridad con el río suplían con creces ese impedimento. Ninguno de los ocupantes de la barca hablábamos, pero yo estaba seguro de haber hecho una buena elección.

Eran hombres de la frontera, nacidos y crecidos en lucha continua con la salvaje naturaleza que les rodeaba y a quienes la necesidad les había endurecido. Hijos de la civilización, habían vuelto a sus raíces debido a las circunstancias.

Los seis hombres que me acompañaban, entre los que se encontraba el hijo de Vítulo, eran todos delgados, musculosos y hoscos, pero sabían manejar con mortífera destreza el arco, el hacha y la espada corta y eso era lo único que contaba para mí.

Sentía dentro de mí un reconfortante orgullo al considerar el formidable grupo que componíamos.

Éramos lobos y estábamos de caza, que se cuidaran por tanto aquellos chacales del desierto que se cruzaran en nuestro camino.

Llevaríamos casi una hora remando desde que abandonáramos las empalizadas del campamento, cuando por fin llegamos a una amplia curva que trazaba el río Oja y que marcaba el punto donde debíamos abandonar la ruta fluvial par continuar a pie.

Con una breve indicación, señalé la dirección y remamos hacia la orilla. Tanteé hasta que encontré un tronco hundido en el fango de la ribera y trabé allí la embarcación.

No hablamos una palabra y tan silenciosos como lince, nos internamos en la espesura sin apenas agitar los matorrales y dejando atrás el frescor del río. Durante un trecho el croar de las ranas y el chapoteo de los peces nos acompañó, hasta que la densidad del bosque acalló aquellos ruidos.

Avanzábamos en fila de a uno por un estrecho sendero que se dirigía hacia el sudoeste desde la orilla, tratando de que la hierba alta no nos ocultara la vereda. La única huella de nuestro paso era la fortuita rotura de una ramita o el agitar de unas hojas, del mismo modo que avanzaría un gato montés. Caminábamos a buen paso, atentos a todo lo que nos rodeaba, siguiendo a veces con la vista el errático aletear de los murciélagos en busca de insectos. Las gentes sencillas poblaban los bosques de la frontera con todo tipo de endriagos, fantasmas y espíritus y aunque no pasaban de ser cuentos para asustar a los niños y a los borrachos, lo cierto es que más de un habitante de la frontera había sido encontrado muerto con heridas espantosas y con el terror dibujado en su rostro.

Al cabo de un tiempo llegamos a un pequeño altozano que se elevaba un poco sobre el bosque y tras coronarlo, volvimos a descender hacia una silenciosa hondonada que marcaba el límite entre la frontera y la tierra de nadie.

Cualquier ejército que avanzara hacia el paso que defendían los soldados de La Avanzada tendría que estar forzosamente por aquella zona, ya que era el terreno ideal para vivaquear antes de cruzar las marcas fronterizas.

Trotamos por la senda que nacía de la hondonada cruzando de vez en cuando pequeños claros entre la arboleda, esquivando hojas y arbustos lo mejor que podíamos. Seguimos aquel camino durante un largo trecho, deseando que el cielo no empezara a clarear por el este y rogando para que la oscuridad de la noche durase hasta que localizáramos nuestro objetivo.

Salvo el jadeo de nuestra carrera, mezclado con el chirrido y zumbido de los insectos, nada más parecía tener vida en el bosque. En cierto momento nos detuvimos en tensión al escuchar un profundo y poderoso bramido que provenía de delante de nosotros. Al cabo, uno de los exploradores dijo:

- ¡Son Uros! ¡Quietos!¹

La advertencia no era nada infundada ya que el uro era una fiera temible que, sólo o en manada, recorría los llanos y bosques castellanos. Tronchando arbustos y levantando la tierra de la senda con sus duras pezuñas cruzó ante nosotros la formidable fiera, lanzando baba y espuma blanca por el morrillo al tiempo que corneaba con las grandes y puntiagudas astas las ramas bajas de los árboles.

Con un ronco mugido y tras lanzarnos una mirada furiosa con bovinos ojos sanguinolentos, el uro cargó sobre nosotros. Habíamos tenido la desgracia de toparnos con un uro derrotado en una lucha contra otro macho por la supremacía y liderazgo en la manada.

¹Uro: Toro salvaje ibérico antecesor del actual toro de lidia. Los romanos trataban de capturarlos y llevarlos al circo romano para enfrentarlos a las más diversas fieras, leones y tigres principalmente, donde no siempre vencían los felinos (N. del A.).

Antes de que pudiéramos evitarlo, el explorador de nuestro grupo que iba delante abriendo la marcha fue atravesado por los cuernos del uro y lanzado pesadamente contra un tronco de árbol, donde rebotó con un desagradable chasquido de huesos rotos, muerto al instante.

La bestia se revolvió sobre sí misma goteando sangre por la cornamenta de ébano, pero ya para entonces dos de los exploradores y yo habíamos tensado nuestros arcos y lanzado las flechas prácticamente al unísono.

Los dardos se hundieron con fuerza en el lomo zaino del animal consiguiendo que sus patas delanteras se doblaran y rodara sobre el camino chorreando sangre y lanzando mugidos de furia y dolor. Antes de que pudiera volver a levantarse mi hacha se hundió con fuerza en la testuz del uro que, tras unos instantes de coceo agónico, quedó inmóvil en medio de un gran charco escarlata.

Sacudí la cabeza y respiré profundamente recuperando mi hacha de un fuerte tirón. Para entonces, el resto de mis compañeros ya estaba a mí alrededor, dispuestos a reemprender la marcha. Cubrimos con rocas el cadáver del explorador para que las alimañas no le devorasen y nos pusimos en camino en seguida, bajo la luz tenue de las estrellas. Nadie dijo nada, ya que aquel silencio era el mejor homenaje que podíamos hacer a un hombre valiente.

La noche estaba en calma, oscura y amenazante sobre nosotros. Avanzábamos por un sendero que serpenteaba entre encinas, cedros y abetos y nuestro ligero calzado de piel no hacía ruido alguno sobre la hierba húmeda. Yo iba delante y los demás me seguían a una distancia de pocos pasos entre cada uno de nosotros. Por fin, en la distancia, escuchamos un batir sordo de tambores, como el tronar de una lejana tormenta que se estuviese aproximando y entonces abandonamos el sendero corriendo inclinados buscando la protección de los troncos de los árboles. No tardamos en escuchar voces guturales y alcanzamos a divisar unos tenues fulgores rojizos más allá de la espesura, donde ésta se convertía en campo abierto y el bosque daba paso al llano.

Hice una seña con la mano para extremar las precauciones y empuñamos nuestras armas. Entonces les vimos.

Eran diez guerreros negros a cuyo frente se hallaba un taciturno berebere que parecía ajeno a la charla de los africanos. Estaban a un lado del sendero y sin duda habría más grupos como aquel en labores de vigilancia por todo el perímetro del extenso campamento que se alzaba a unos centenares de metros de la posición en la que estábamos escondidos.

Los reflejos de multitud de hogueras iluminaban las grandes tiendas de pieles de cabra y los estandartes de las diversas tribus que formaban la alianza berebere se mecían suavemente al compás de la brisa nocturna. Sobre todo ello, se elevaban los cánticos y el rugir de los tambores golpeados por manos oscuras.

Calculé en no menos de mil jinetes y quinientos hombres a pie la fuerza que allí acampaba. Era un ejército muy poderoso el que se dirigía hacia Burgos y únicamente un puñado de hombres de la frontera se interponía en su camino.

Volví a fijar mi atención en el grupo de hombres que teníamos delante de nosotros a tiro de flecha. Los negros murmuraban y reían y de cuando en cuando se daban palmadas en los brazos y piernas que tenían untadas de una grasa brillante y maloliente.

Me arrastré cautelosamente hasta donde se hallaban mis compañeros en tensión.

-¿Luchamos?-me preguntó Alvar, el hijo de Vítulo, en un susurro mientras acariciaba el filo de su espada con ardor juvenil.

Negué lentamente con la cabeza mientras respondía igualmente en voz baja.

-No, nos superan en número y alguno podría gritar dando la alarma. Además, ya hemos visto lo que nos interesaba y es de vital importancia comunicárselo a tu padre.

Permanecimos por lo tanto en nuestro lugar, atentos a lo que pudiera suceder en el campamento berebere, mientras buscábamos con la vista la forma de rodear al grupo que se interponía en nuestro camino.

Comenzamos a movernos en dirección contraria al resplandor de las hogueras del campamento para tratar de alejarnos de allí, pero una vez más, la fortuna no parecía querer sonreírnos aquella noche. Atentos a lo que quedaba a nuestras espaldas no nos dimos cuenta de la zanja que partía el sendero de lado a lado hasta que el primer hombre que iba en cabeza de nuestro grupo se hundió en ella lanzando un involuntario grito de dolor.

Yo retrocedí con un salto hacia atrás chocando con Alvar que a punto estuvo de caer al suelo. Todo aquel pandemionium de caídas y maldiciones puso sobre aviso a los africanos. Antes de que pudiéramos reorganizarnos saltaron sobre nosotros blandiendo sus armas con la furia reflejada en sus pintados rostros.

Uno de nuestros hombres aún logró tensar su arco y alcanzar al primero de los atacantes con una flecha en el pecho, pero el resto cayó en tromba sobre nosotros. Un venablo pasó cerca de mi perdiéndose entre la floresta y tras encogerme como un lobo acorralado empuñé mi hacha con una mano y la daga en la otra.

Mi primer golpe abrió las entrañas al hombre que tenía delante de mí y enseguida me vi enzarzado en fuerte pugna con el fornido berebere que mandaba el grupo de oscuros guerreros. Mi daga resbaló con un maullido chirriante sobre su cota de malla y ambos nos asimos en un férreo abrazo mientras forcejeábamos gruñendo, maldiciendo y sudando, tratando cada cual de hundir su acero en la carne del otro en una cuchillada mortal. Su puño se estrelló con fuerza en mi rostro abriéndome una brecha en el pómulos y en la caída perdí mi hacha mientras la sangre corría por mi mentón.

Con un grito de júbilo mi enemigo se abalanzó sobre mí para tratar de asestarme el golpe final con su cimitarra, pero desde el suelo me revolví dando un desesperado salto hacia adelante con la daga alzada hacia su bajo vientre, donde se hundió hasta la empuñadura con un golpe sordo. El berebere se dobló sobre sí mismo lanzando un aullido de dolor que fue cortado en seco por el rodillazo que

le apliqué salvajemente sobre el rostro. Cayó como fulminado por un rayo, quedando inmóvil en el suelo.

Dolorido, me incorporé totalmente recuperando mi daga y mi hacha allí donde cayera para sumarme a la lucha, pero ésta había acabado tan rápido como empezara.

Había cuerpos tendidos por todas partes, mezclados tanto castellanos como africanos. La lucha había sido terrible y jadeante miré a mi alrededor, comprobando que únicamente Alvar y yo seguíamos en pie. El hijo de Vítulo acababa de dar la vuelta al cadáver de un explorador, maldiciendo por lo bajo.

Un gemido apagado hizo que ambos nos miráramos con el rostro ensangrentado y nos arrodillamos al lado de uno de nuestros batidores. El hombre tenía un puñal enterrado en el estómago y un hilillo de sangre corría por la comisura de sus labios. Alvar y yo cruzamos nuestra mirada y sin decir palabra sabíamos que aquel hombre moriría no tardando mucho. Nuestra única suerte había sido que los salvajes habían atacado tan rápidamente que ninguno tuvo tiempo ni ocasión de lanzar gritos para avisar a las tropas del campamento. Y de haberlos oído, pensarían que quizás estuvieran discutiendo entre ellos.

-Somos los únicos que quedamos vivos Alvar -dije en voz baja- y debemos avisar a tu padre de lo que hemos visto, y a un tiempo, tratar de salvar a todos los colonos que podamos. Cuando el relevo encuentre todos estos cuerpos sabrán que su campamento ha sido descubierto y enviarán partidas para evitar que ningún colono avise al poblado de la marcha por el bosque del ejército berebere. Hemos de intentar que esa carnicería no se produzca y ganar tiempo para que Vítulo prepare la defensa. Rodeemos el campamento y sigamos el sendero. Tú marcharás por él lo más rápidamente que puedas para avisar a tu padre y yo intentaré reunir el mayor número posible de colonos con sus familias y llevarlos a La Avanzada al tiempo que trataré de obstaculizar el avance de las primeras partidas de exploradores que envíen los beréberes.

-¡Cristo Bendito!-protestó Alvar-. Tú correrás con todo el riesgo mientras cubres mi marcha. ¡No, no dejaré que lo hagas solo! Avisa tú a mi padre que yo protegeré tus espaldas.

A pesar de mi naciente impaciencia no pude dejar de admirar el valor y coraje del joven Alvar pero en mi fuero interno sabía que si alguien tenía que quedarse, ese era yo, así que apelé a la autoridad que me había otorgado Vítulo.

-¡De ningún modo!-gruñí tratando de dar un tono colérico a mis palabras-Yo tengo el mando, jovencuelo imberbe, así que harás lo que yo diga.

Aún trató Alvar de iniciar una airada protesta, pero una furiosa mirada por mi parte le hizo desistir, mientras asentía de mala gana con un resoplido. En ese momento escuchamos la ronca voz suplicante del explorador herido.

-¡No dejéis que los guerreros negros me encuentren! Cuando vean a sus compañeros muertos querrán tomarse la venganza ... conmigo.

-¡Yo cargaré contigo! -afirmó resueltamente Alvar.

-Y no tardarías en morir a su lado -dije yo.

-Conrado ... tiene razón ... Alvar. Yo sólo sería... un estorbo en tu marcha-remachó el herido, volviendo su rostro dolorido perlado en gotas de sudor hacia mí, al tiempo que lanzaba una tos seca que le cubrió los labios con una espuma sanguinolenta-Tú sabes lo que hay que hacer ¡Hazlo!

Agarré sus ásperas manos en un último adiós y mi daga se hundió profundamente con un golpe rápido en su corazón. Sus manos se aflojaron y quedó muerto ante la atónita mirada del hijo de Vítulo.

-Vete ahora muchacho y aprovecha el tiempo que pueda darte-hablé poniendo mi mano sobre el hombro de Alvar.

Este me miró y tras ajustarse mejor su arnés, apretó mi hombro en señal de saludo, desapareciendo sin ruido engullido por la floresta.

Suspiré un tanto aliviado y fijé mis ojos en las crepitantes hogueras del campamento que se extendía ante mí. Sin volver la vista atrás, me encaminé decidido a todo.

4. El Demonio de la Noche

El percutir salvaje de los tambores resonaba amenazante en la noche. Al igual que aumentaba su intensidad ésta decrecía de golpe, reiniciando de nuevo su terrible amenaza de muerte y dolor con agónica monotonía.

Tras separarme de Alvar me encontraba tendido entre unas espesas jaras que me prestaban un improvisado refugio mientras acechaba los movimientos de aquellos salvajes jinetes y oscuros africanos dentro de su campamento. Sabía que aún no habían descubierto a los centinelas muertos, al menos esa era mi impresión, ya que mis enemigos sólo se preocupaban de momento en prestar atención a la barahúnda de voces, bailes y cánticos que como un reguero de resina se extendía por las tiendas. En caso contrario, no tardaría en sentir el agudo filo de un puñal en mi garganta.

El loco frenesí con que eran golpeados los tambores sólo podría significar fuego y tortura, augurando llameantes flechas cortando un negro cielo de humo y centelleantes espadas curvas abatiéndose sobre hombres, mujeres y niños indefensos en una roja matanza.

Notando cómo el corazón golpeaba angustiado mi pecho debajo del jubón de piel, me arrastré aún más con el arco sujeto a mi espalda manteniéndome agachado detrás de un grueso tronco caído y pude ver una extraña escena que se estaba desarrollando en un claro del campamento.

Varios africanos habían amontonado unas cuantas piedras planas formando un tosco altar de superficie rugosa mientras otros hombres encendían al lado una gran hoguera, recortándose sus figuras ante las llamas como oscuros diablos danzantes. Hecho aquello, formaron un círculo manteniéndose agachados con una mirada en la cual descubrí, para mi asombro, destellos de temor. ¿Qué era lo que podía causar pavor a aquellos salvajes sedientos de sangre?

Formando un segundo círculo aún más amplio que el primero, distinguí a numerosos beréberes que también acariciaban con nerviosismo sus espadas,

dirigiendo frecuentes miradas hacia una choza de adobe de aspecto simple escondida parcialmente entre los árboles y que se levantaba a corta distancia de aquellos dos círculos humanos.

De repente, todos los ruidos y voces cesaron, incluidos los tambores, cuando una oscura, alta y delgada figura, ataviada con una piel moteada de algún animal desconocido en los bosques de la frontera y cubierto su rostro con una máscara de negra madera que tenía tallados los rasgos de algún aborrecible ser, surgió de la choza apartando con una huesuda mano de largos dedos la burda tela que servía para tapar la entrada.

En sus muñecas y tobillos varios aretes dorados adornados con cascabeles de madera sonaban al compás de sus pasos, creando un soniquete semejante al producido por el viento cuando remueve los huesos insepultos de los guerreros esparcidos en algún olvidado campo de batalla.

Toda aquella diabólica parafernalia ayudaba a aumentar la tensa irrealidad de aquel maldito brujo.

Tras llegar ante el humeante altar y a una seña imperiosa del enmascarado, un sudoroso guerrero negro comenzó a batir, al principio como el sonido de un trueno lejano para cambiar poco a poco a un delirante ritmo, un gran tambor que sostenía entre sus rodillas y cuya curtida piel se tensaba como si tuviera voluntad propia. Al tiempo de esto, el hechicero bailaba entre el fuego y el altar, describiendo complicados pasos difíciles de seguir con la vista, primero arrastrando los pies, después arqueando el cuerpo de una manera inverosímil, ahora girando con los brazos extendidos, pero siempre, en medio de la locura de aquella danza, manteniendo su cuerpo entre el fuego y el altar. Como surgido de la nada, un gutural cántico se unió al loco cascabeleo en aquella ceremonia pagana, prestándole aún más si cabía duda algún halo de primitivismo atávico, hablando de unas eras en las cuales el hombre aún luchaba contra una naturaleza hostil y primigenia por sobrevivir en medio de una oscuridad terrible en la cual acechaban garras y colmillos sedientos de sangre.

Entre los guerreros y el brujo pude observar, sacudiéndome un tanto el hechizo que aquel ritual parecía esparcir sobre los que lo contemplaban, a un alto y corpulento berebere de negra y poblada barba oscura cuyos negros ojos chispeaban de impaciencia prestando a su musculoso y adornado aspecto la apariencia de un altivo halcón del desierto. ¡Juré por mi alma si aquel personaje no sería el mismo emir Abd-Al-Rahman o alguien muy cercano a él!

Apartando la vista de aquel hombre pude ver cómo dos guerreros arrastraban a alguien hacia el altar.

Se trataba de un colono, posiblemente capturado en alguna incursión anterior, desnudo, ensangrentado y recubierto de heridas que aún en aquellas circunstancias se debatía con fuerza entre sus captores. Uno de sus puños golpeó con desesperación el rostro achatado de uno de los africanos que cayó con un chillido de dolor sobre la ardiente hoguera. El colono lanzó una dolorosa carcajada de salvaje alegría al ver cómo su captor se revolcaba en el suelo

tratando de quitarse de encima los tizones que se habían pegado a su piel embadurnada de grasa maloliente.

Un nauseabundo olor a carne chamuscada flotó durante unos momentos en el aire de la noche donde no se escuchaban más que el gutural cántico, los gritos de dolor del africano y las maldiciones del colono forcejeando con sus guardianes. Por fin, el número de enemigos venció al irreducible hombre de la frontera y lo tendieron sin conocimiento sobre al ardiente altar.

¡En mi fuero interno deseaba saltar al claro y emprenderla a hachazos con aquellos salvajes y liberar a aquel bravo castellano, pero la prudencia me obligaba a retener mis ímpetus! ¡Una vida por muchas!

Notando cómo el sudor corría por mi cuerpo me mordí los labios con rabia hasta hacerlos sangrar.

Me prometí a mi mismo que el sacrificio, el crimen cobarde de aquel hombre, no sería en vano y no quedaría sin castigo. Empuñé con fuerza el mango de mi hacha y clavé mis ojos como un lobo furioso en el brujo.

Tras aquella interrupción, éste comenzó de nuevo a danzar, trazando con sus largas uñas unos extraños dibujos sobre el hombre que estaba tendido en el altar. Oscuras manos percutían el parche del tambor como dementes poseídos por los fuegos del infierno.

Los africanos lanzaron de pronto un aullido lobuno que aumentó poco a poco de volumen y sus filas se movieron inquietas. Deduje desde mi puesto de observador que algo importante iba a ocurrir. Al tiempo que daba grandes saltos el brujo se colocó delante del hombre del altar y alzando un puñal que sacó de entre sus pieles lo hundió profundamente y con saña en el pecho de la víctima al tiempo que una expresión cruel se adivinaba en su rostro feroz oculto bajo la máscara.

De pronto se quedó inmóvil como una estatua y los aulladores negros quedaron en silencio observando con temor el bosque en tinieblas. Todos en el campamento, incluido yo, presentíamos que una presencia malsana e ignota se acercaba a nosotros surgiendo desde la profunda floresta primordial.

El brujo alzó los brazos y profirió una penetrante llamada infrahumana que resonó en la oscuridad.

Como un horrible eco, un aullido espantoso le contestó. Todos contuvieron el aliento empuñando sus armas con nerviosismo y temor. Incluso el alto berebere acariciaba inquieto la empuñadura de su cimitarra. Los africanos se apiñaron entre ellos y en las filas de los moros hubo un movimiento de retroceso instintivo ya que a la luz de las hogueras se recortó una espantosa pesadilla de figura simiesca y color pálido, cuyos bamboleantes y masivos miembros casi tocaban el suelo cubierto de hojas podridas. Poderosas garras y grandes colmillos curvos que surgían de unas fauces pestilentes hablaban por sí solos de lo que era capaz de destrozar y aniquilar aquel ser superviviente de remotas y salvajes eras oscuras. Un aura de demoníaca fuerza surgía de aquel demonio de la noche de mandíbulas colosales que daban a su aspecto una brutalidad abismal.

En aquel rostro horripilante cubierto de grueso vello chispeaban dos pequeños ojillos porcinos de malévolos inteligencia.

Aquel era el ser monstruoso que había convocado el brujo con sus negras artes y la sangre de un hombre valiente sacrificado en aras de la brujería más deleznable. La enorme bestia se acercó al brujo lanzando sordos gruñidos inarticulados y tras olfatear a su alrededor lamió con una áspera y negra lengua la sangre que manchaba las manos de éste en inequívoca señal de obediencia.

Yo jamás hubiera podido imaginar que criaturas semejantes habitaran los bosques donde tantas veces había cazado libremente, pero ante la abominación de la naturaleza que estaba contemplando desde mi escondite, se me hacían más creíbles los relatos de taberna en los cuales los exploradores y cazadores más viejos hablaban de cadáveres encontrados en los bosques y cabañas aisladas de colonos completamente destrozadas y con sus ocupantes mutilados y medio devorados.

Con las garras extendidas y los colmillos babeantes el simiesco demonio escuchaba en cuclillas las palabras que pronunciaba el brujo en una jerga desconocida y que la brisa de la noche empujaba hacia mí. La voz cavernosa del hechicero decía en aquel momento:

-¡Hijo de las Sombras, por el Poder del Padre Dhamballa, Señor de las Criaturas con garras de las Eras Antiguas, y por el lazo de sangre que nos une, yo, tu amo, te ordeno que mates a los enemigos de piel blanca que habitan en el bosque y en el gran poblado y que el silencio selle sus labios muertos!

Yo no entendía aquellas palabras, pero a tenor de lo visto y por los gestos significativos que hacía el brujo señalando al bosque y aún más allá de él, no me cabía duda alguna de que algo maléfico se estaba fraguando en contra de los colonos que aún estuvieran sin protección y de los defensores de La Avanzada.

El brujo acabó su perorata y retrocedió señalando el cuerpo del colono sacrificado. El demonio se agazapó mientras un hambre descomunal se reflejó en sus ojillos que no parpadeaban y sus mandíbulas chasqueaban ávidamente chorreando una baba blanquecina. La bestia, al tiempo que emitía un rugido estremecedor, saltó hacia el altar. Con las grandes garras extendidas agarró el cuerpo que allí estaba y se lo echó sin esfuerzo sobre la abombada espalda desapareciendo en la oscuridad del bosque mientras descuartizaba con fiereza la carne de su víctima.

Yo cerré los ojos, enfermo de espanto, y me estremecí. Había cazado lobos y osos y me había enfrentado sin pestañear a su fiereza, pero nunca había pensado que existiera una bestia tal que convirtiera a un hombre en un despojo sanguinolento guiada por una maldad infernal.

Un hondo rugido quedó aún flotando en la noche para hacerse de nuevo, poco a poco, el silencio del bosque, sólo roto por el chirrido de los insectos nocturnos.

El hechicero lanzó un grito de triunfo y tras una última mirada a la muralla verdeante que formaba el bosque y que servía de morada a aquel horror,

penetró en el interior de su cabaña sin prestar atención a los rostros espantados de los guerreros. Incluso el alto berebere respiró aliviado cuando el brujo se hubo marchado a su cubil.

Poco a poco, moros y africanos fueron dispersándose y el campamento retomó una aparente calma, aunque una tensión involuntaria se palpaba en el ambiente.

Aunque todavía me dominaba el horror de la escena que había presenciado, me marqué un plan desesperado para retrasar lo más posible la marcha de aquel ejército y que empezaba con la muerte sin remisión del brujo y a ser posible ¡y si Dios así lo quería y daba fuerzas a mi brazo, de la horrible criatura que había conjurado desde las tinieblas con su brujería!

5. Hacha y Colmillos

La noche había transcurrido ya en gran parte y temía que el amanecer llegase antes de que hubiera podido cumplir mi cometido. La sed y el cansancio de toda una larga jornada corriendo, luchando y acechando caían sobre mí como una losa de hierro, pero traté de no pensar en ello en esos momentos.

Me arrastré hasta unos matorrales más densos, sorteando a cientos de guerreros dormidos sobre improvisados lechos de hojarasca o en el interior de tiendas levantadas rápidamente. El humo azulino de las hogueras moribundas subía hacia el estrellado cielo formando volutas de caprichosas formas.

Por fin pude llegar a la parte trasera de la cabaña del brujo y con sumo cuidado y lanzando frecuentes miradas por encima de mis hombros, abrí una brecha con mi hacha en el muro de barro cocido lo suficientemente ancha para que pudiera pasar el cuerpo de un hombre de mi tamaño. Apoyé mi arco en la pared mientras poco a poco mis ojos se acostumbraban a la oscuridad del interior. Dentro había un altar de piedra iluminado extrañamente con una fosforescencia verdosa y sobre él sonreían grotescamente hasta una decena de blancas calaveras formando la base a un ídolo de bestial apariencia que me recordó de inmediato la bestia demonio que el brujo había invocado no hacía mucho tiempo.

Un espantoso hedor flotaba en el interior de la cabaña y sobre un jergón de pieles dormía la figura del hechicero. Un sordo ronquido surgía de su boca entreabierta, libre ya su rostro de la máscara. Conteniendo a duras penas mis fatigados nervios alcé mi hacha dispuesto a hundirla en el negro corazón de aquella alimaña con forma humana.

Casi al instante, los ojos del brujo se abrieron clavándose como alfileres en los míos. Sentí un profundo vahído como si me despeñara por un abismo muy profundo y negro, sin darme cuenta que soltaba el arma. El ruido del pesado mango de ésta sonó como un gong al golpear el suelo y haciendo acopio de mi voluntad rodeé el cuello de mi enemigo con las manos y apreté con todas mis fuerzas.

Pero el brujo, merced a las energías que le prestaban sus malas artes, se resistía denodadamente golpeando u forcejeando como si estuviera forjado en hierro y cuero sin curtir lanzando horrendas maldiciones.

Los dos rodamos por el suelo de tierra de la cabaña mientras en el exterior ya se escuchaban fuertes voces acercándose. Acuciado por la desesperación, pude colocar una rodilla sobre su hundido pecho y tras bloquear un zapazo de sus largas uñas que de haberme alcanzado me hubieran vaciado los ojos de sus cuencas, recuperé el hacha de donde había caído y le seccioné de un poderoso tajo el cuello que se quebró como una caña seca.

Tras derribar el monstruoso altar con un golpe de mi hacha me escabullí por la abertura que había practicado olvidando mi arco mientras un tropel de negros y beréberes entraban en tromba por la puerta empuñando venablos, mazas y espadas.

Corriendo alocadamente, sin preocuparme por los arañazos que laceraban mi piel, me interné en el bosque dejando a mis espaldas una vociferante turba que lanzaba roncoss aullidos de ira.

Apretando los dientes en un supremo esfuerzo me encaminé hacia el sendero que había seguido con mis compañeros describiendo un gran círculo. Confiaba en tener una ligera ventaja antes de que mis perseguidores se organizaran y supieran cual era la dirección que había tomado en realidad.

Sabía que me iba a ser muy difícil llegar hasta el río Oja y mucho más alcanzar La Avanzada, pero debía intentarlo con todas mis fuerzas. Durante un buen trecho me apliqué en correr, jadeando a causa del cansancio y sintiendo como un fuerte pinchazo me laceraba el costado, sufriendo la tortura de los músculos doloridos de mis piernas. Juzgando que había ganado un tiempo desventaja y al no escuchar los gritos de mis perseguidores detrás de mí me detuve, respirando el aire a grandes bocanadas mientras mi pecho subía y bajaba salvajemente.

Por entre el follaje de las copas de los árboles el sol se estaba alzando con su disco dorado iluminando la floresta.

En silencio y oído avizor caminé por entre las frondas, empapado mi rostro en sudor y sangre. A cada momento esperaba ver oscuros y fieros rostros surgiendo de cada árbol, de cada matorral.

Una cosa me regocijaba y era el pensar que Alvar había tenido tiempo suficiente para avisar a cuanto colono hallara a su paso y llevarles hasta el campamento fortificado. Tenía la certeza de que a mis espaldas el formidable ejército ya estaba en marcha, aunque no cruzarían el río hasta la noche y enviarían primero por delante a los africanos para minar las fuerzas de los defensores de La Avanzada.

Yo seguía adelante con estos pensamientos tan poco halagüeños en mi cabeza sintiendo cómo la penumbra del bosque hervía de actividad animal.

En aquel ambiente, la lucha y la violencia se convertía en algo natural si se quería sobrevivir. Cogí varios puñados de bayas y moras silvestres con las que mitigué un tanto mi hambre y ya el sol se alzaba en su cenit cuando llegué hasta

el río Oja. Me agazapé al lado de unos verdes juncos que crecían altos y flexibles en la orilla y sin perder de vista ambas riberas calmé la espantosa sed que me devoraba desde hacía horas.

Sorteando unas zarzas me introduje hasta las rodillas buscando con la mirada la embarcación que habíamos dejado trabada la noche anterior y en aquel momento dos salvajes cayeron encima de mí, gritando furiosamente con sus mazas puntiagudas en alto. Como habían llegado hasta allí antes que yo no podía saberlo, aunque bien podían haberme sobrepasado al estar más descansados, sabiendo que me dirigía hacia el río por ser el camino más rápido para llegar a La Avanzada.

Escupiendo agua logré ponerme en pie tambaleante aferrando con fuerza mi hacha y más por suerte que por habilidad, esquivé el golpe que el más cercano de mis enemigos me lanzó a la cabeza. Llevado por su impulso se echó encima mío encontrándose con mi puño en su cara. Su nariz se abrió en una roja cascada y antes de que se diera cuenta ya mi hacha se hundía con la fuerza que me prestaba la desesperación en su vientre.

Mientras se doblaba aullando de dolor sobre el lecho del río tiñendo el agua de escarlata, su compañero me aferró el cuello con una férrea presa de espalda. Ahogándome y sintiendo como en mi garganta ardiesen brasas candentes logré revolverme sobre mí mismo y voltear a mi adversario por encima de mi cabeza, sobre la orilla. Había perdido mi hacha que se hallaba alojada en el cuerpo de mi primer asaltante, así que alcé una de las muchas piedras redondeadas que formaban el fondo del río y le aplasté el cráneo de un furibundo golpe antes de que se pudiera levantar.

Sentía que mi cabeza iba de un lado a otro, tal era el estado de debilidad en el cual me encontraba.

Presentaba un aspecto atroz, desgredado y cubierto de sangre y heridas, con la mirada de un lobo rabioso acorralado. Introduje mi cabeza dentro del agua sintiendo como el frescor de la misma me reanimaba un tanto y tras sacudir mis cabellos y aclarar mis ojos respiré ansiosamente. Recuperé mi hacha del cadáver de mi enemigo y tras un amplio vistazo a mí alrededor, empujé los dos cuerpos hacia el centro del río para que la corriente los alejara de allí y no delatar mi paso por aquellos márgenes. Comencé a buscar la canoa y al hallarla allí donde la dejáramos la noche anterior maldije mi mala fortuna, ya que alguien, seguramente los dos individuos que me habían atacado no hacía mucho, había abierto el fondo de la embarcación. Sólo la quilla sobresalía del fango del fondo.

Con la canoa hubiera podido deslizarme por el curso del río y llegar en breves horas a La Avanzada, pero ahora debería cruzar el río a nado y continuar a pie, confiando en que mis piernas resistiesen un esfuerzo más.

Continué caminando en paralelo a la orilla, tratando de buscar un punto donde la anchura del río fuera menor y lo hallé al fin en un recodo en el cual la corriente no era muy fuerte y se estrechaba la distancia entre orilla y orilla.

Después de ajustar todo lo posible mi destrozado arnés y sujetar el hacha a mi cinturón de cuero, me introduje en el agua. Cuando ésta llegó a mi cintura comencé a nadar despacio llevando un rítmico braceo.

Tras lo que me pareció una eternidad alcancé los arbustos y las matas que bordeaban la orilla a la cual me dirigía. Como un perro mojado y apaleado puse pie en la ribera buscando el apoyo de un robusto y rugoso árbol, ocultándome tras su grueso tronco.

Al poco de descansar unos instantes, volví a ponerme en marcha mirando con desconfianza a mi alrededor, ya que otras partidas de exploradores africanos podían haber cruzado el río por otros puntos y hallarse al acecho entre la floresta. Traté de ignorar los pinchazos que como agujas de acero se clavaban en mis músculos y me alejé del río siguiendo la estrecha senda coronando un elevado promontorio desde el cual se podía divisar el verdeante mar que formaban las copas de los árboles del bosque. De repente, entre la floresta divisé una columna de humo que se elevaba hacia el sol de la tarde. Seguí adelante destrabando mi hacha del cinturón y tomando todas las precauciones posibles descendí desde mi elevación en dirección al humo. Me hallaba bastante cerca cuando oí un feroz coro de gritos y tras dejar a mi espalda la protección de los árboles me enfrenté a una terrible escena.

Una cabaña de troncos con un huerto pisoteado estaba ardiendo y a su alrededor un par de bueyes y una mula yacían destripados en el suelo. Enseres caseros y ropas se hallaban desparramados por doquier, al igual que un carro hecho astillas. Pero lo más horrible de aquello eran los cadáveres desnudos de un hombre, una mujer y dos niños atados a estacas y bestialmente mutilados.

A su alrededor, como demonios poseídos, tres guerreros negros observados por un berebere de sonrisa odiosa, danzaban empuñando mazos y lanzas. De vez en cuando bebían a gollete de unas garrafas de vino que sin duda formaban parte del saqueo de la casa.

Al ver aquello olvidé mi cansancio mientras una furia incontenible se apoderaba de mí. ¡Cómo deseé en aquel momento haber tenido mi arco! De un salto me planté ante el más cercano de los africanos y de un tajo abrí en dos su pintada cabeza. Casi sin para giré sobre mí mismo volteando mi enrojecida hacha y cercené limpiamente el cuello de un segundo enemigo.

El tercer africano arrojó su venablo sobre mí, pero debido a su borrachera erró el blanco y abalanzándose sobre él, hundí mi arma en su pecho con un golpe seco manchándome con la sangre que salpicó como un caudal de la herida abierta.

Me movía sin pensar, ciego de odio, pero no pude evitar que la cimitarra del berebere, más sereno sin duda que los negros que había matado momentos antes y que estaban completamente ebrios me abriera un surco rojizo y ardiente en la cadera, cortando ropa y carne a la vez con su mortal filo. Aún así, aún tuve la oportunidad de volverme y aferrar la muñeca de mi antagonista, mientras trataba de asestar un golpe con mi hacha. Caímos al suelo forcejeando y maldiciendo, rodando por el suelo de tierra. Yo me debilitaba rápidamente por la

pérdida de sangre y pasada ya mi locura furiosa, me daba cuenta que los músculos del moro eran poderosos como nudos de cáñamo.

Viéndome perdido realicé una maniobra desesperada. Solté mi hacha y con las dos manos libres agarré el cinturón de cuero de mi enemigo metiendo mis piernas entre las suyas. Arqueé mi espalda hasta el punto de que pensé que mi espina se iba a partir en dos como una rama seca y lancé al berebere por encima de mi cuerpo. Fue tan violento el golpe contra el tronco de un árbol que el moro rebotó sobre la tierra moviendo espasmódicamente las piernas para quedar inmóvil momentos después en una grotesca postura.

Arrastrándome conseguí llevar hasta el tronco de un árbol donde me apoyé jadeante apoyando mi mano sobre la herida de la cadera que rápidamente se cubrió de sangre.

Recogí un cercano blusón de tela del suelo y me improvisé un tosco vendaje mordiéndome los labios para ahogar los gritos de dolor que pugnaban por salir de mi garganta. Observé los cuerpos de los colonos terriblemente acuchillados y respiré con dificultad. ¡Una familia a la cual Alvar no había encontrado en su camino para poderla avisar del peligro!

Con un titánico esfuerzo logré ponerme en pie ayudándome con las manos y rodillas. Las piernas me temblaban cuando avancé hasta donde se hallaba tirada mi hacha. Al alzarla parecía como si pesara diez veces más, tal era el estado de agotamiento en que me encontraba. Pero si me quedaba allí era mi muerte segura ya que nadie vendría a socorrerme y moriría desangrado o a manos de otra partida de saqueadores. Nada podía hacer por los cuerpos de los colonos asesinados puesto que no me quedaban fuerzas para cavar unas fosas donde enterrarles y prefería guardar las escasas energías que me quedaban para seguir mi marcha.

El fuego casi había consumido la cabaña cuando con paso vacilante dejé atrás el claro de la matanza.

El crepúsculo iba sustituyendo poco a poco al dorado sol de la tarde, dando paso a un estrellado cielo nocturno.

Seguí adelante por la oscura senda escuchando el ulular de las lechuzas a mí alrededor. Me estremecí al pensar que a mis espaldas avanzaba un ejército de salvajes sedientos de sangre. Había dejado ya muy atrás la cabaña incendiada cuando escuché aullidos a mis espaldas. ¡Lobos oscuros con mazas puntiagudas y rostros pintados! Los veloces guerreros me alcanzarían pronto y querrían tomarse venganza por sus compañeros muertos.

Sonreí desganadamente acariciando el filo de mi fiel hacha y notando como la sangre de mi herida volvía a emparar mi rudimentario vendaje. Escupí saliva sanguinolenta y me giré en redondo. Sabía que ya no alcanzaría La Avanzada. Me planté allí, inmóvil, en mitad de la senda, con el hacha dispuesta a golpear, reuniendo las escasas fuerzas que me quedaban. Escuché ruidos entre la floresta y me preparé agazapándome como un lince. Pero de repente un escalofrío recorrió mi maltrecho cuerpo ya que no era ningún africano el que salía de los

arbustos que brillaban con un resplandor espectral, ¡sino la bestia demonio que conjurara el muerto hechicero!

El ser se detuvo a algunos pasos de mí, husmeando el aire y bamboleando su contrahecha figura simiesca, mostrando al cielo de la noche sus descomunales colmillos, al tiempo que abría y cerraba las aceradas garras. Sin apartar su malévolos mirada de mí emitió un ronco aullido de perverso placer que se elevó hacia la naciente y rojiza luna.

Aún en aquella dramática situación mi instinto me aseguraba que la bestia había encontrado mi rastro guiado por el espíritu vengativo del brujo, ya que no me quedaba lugar a dudas de que ambos, brujo y demonio, estaban unidos por un lazo místico de negra maldad.

Sin previo aviso, la bestia saltó sobre mí lanzándome un zarpazo furioso al cuello que evité milagrosamente saltando a un lado sacando fuerzas de flaqueza. Mi hacha silbó cortando el aire en un tajo que pretendía hundir el cráneo de mi primigenio adversario pero debido al cansancio de mis músculos, el golpe se perdió en el vacío. Por contra, la otra garra de mi enemigo me laceró el pecho trazando cinco surcos profundos y sangrientos, desgarrando mi piel y carne.

Espoleado por el ardiente dolor de aquella herida y dejando de lado toda esperanza y precaución me lancé entre los deformes brazos de aquella criatura diabólica emitiendo un grito mezcla de rabia y de dolor.

Hombre y monstruo nos fundimos en un abrazo mortal mientras tratada de hundir mi hacha en la figura deforme de rasgos bestiales y fétido pelaje negruzco. Alcé mi hacha poniendo en el golpe hasta el último vestigio de energía que quedaba en mi cuerpo y gruñí con satisfacción cuando el filo de mi arma se hundió secamente en mitad del peludo pecho de mi antagonista y la sangre surgió a borbotones de la gran herida. Pero la estructura del diablo parecía hecha de acero templado y aunque aulló de dolor de modo terrorífico, antes de que yo me diera cuenta un golpe de titán me tiró al suelo como si fuera una brizna de hierba arrancada por el viento.

Mi cuerpo golpeó el duro suelo con un chasquido de costillas rotas y como entre una espesa niebla vi cernirse sobre mí al engendro que aunque sangraba en abundancia, no parecía haber perdido ni un ápice de su descomunal fuerza.

Murmuré una maldición mientras escupía sangre y traté de incorporarme mientras con dedos temblorosos buscaba mi pesado puñal de monte en la cintura. Lo aferré en medio de terribles dolores y casi ciego lo hundí con saña en el pecho de la bestia que se alzaba sobre mí presta a clavar sus colmillos en mi cara. El demonio retrocedió gruñendo roncamente con el puñal enterrado profundamente a la altura de lo que tuviera por corazón.

Su enorme corpachón se tambaleaba y la sangre salía a raudales allí donde mi acero había roto carne y hueso. Aún quiso el ser agarrarme con sus afiladas garras mientras yo me arrastraba retrocediendo al amparo de un tronco, pero tras dar un par de pasos, aquel producto bestial de la naturaleza y la

hechicería puso sus ojos en blanco y abriendo los masivos brazos cayó cuan largo era con tremendo golpe. Un charco de sangre negruzca se fue formando rápidamente a su alrededor, empapando el suelo de hojarasca y tierra.

Apoyándome como pude me acerqué al hediondo cadáver y recuperé mi ensangrentada hacha, acariciando su filo casi con veneración. Me desangraba lentamente y apenas podía mantener los tumefactos ojos abiertos. Me pasé una áspera mano por la cara, limpiando sangre y sudor a un tiempo y jadeé roncamente.

Un aullido largo y penetrante surgió de la floresta y yo esboqué una sombría mueca que quería ser una sonrisa. Pensé en Alvar, en los colonos y en los defensores de La Avanzada y logré apoyarme detrás de un montón de troncos que cortaban el camino.

Varias figuras oscuras surgieron de los matorrales y con un último esfuerzo me puse en pie blandiendo mi hacha con los ojos ardiendo de odio y dolor.

Pies negros corrieron con velocidad y negras gargantas gritaron un salvaje desafío. Después refulgieron los cuchillos en la oscuridad y el acero se abatió sobre mi hacha y yo.

6. Un Juramento de Honor

Hubo cruentas luchas en los márgenes del río Oja y muerte al pie de los muros de La Avanzada.

Muchos colonos perdieron la vida y sus propiedades ante el avance de la antorcha y el acero musulmán. Dos jornadas sangrientas estuvieron luchando y batallando hombres valientes y decididos por la posesión de un desfiladero entre cuyas rocosas paredes se alzaba un poblado de cabañas construidas con troncos y estacas.

Numerosas viudas y huérfanos llorarían a sus muertos en la frontera. Los escasos supervivientes de aquellos dos días cubrían varias partes de su cuerpo con vendajes ensangrentados y hablaban en voz baja mientras bebían vino con la mirada extraviada en las tabernas de los poblados. Pasaría mucho tiempo antes de que se jactaran de las cicatrices que aquella batalla les había proporcionado.

En una de aquellas tabernas dos hombres, uno joven y el otro en edad madura, bebían con mirada sombría una jarra de vino oscuro y áspero.

-Casi todos los amigos han muerto en La Avanzada -murmuró el joven mientras miraba con desgana su brazo vendado.

-Desgraciadamente así es, Alvar, hijo mío-contestó el otro, que no era sino Vítulo el gobernador de las marcas fronterizas, mesándose melancólicamente sus grandes bigotes y posando su vista en el fondo de su jarra.

-Las pérdidas en hombres han sido muy numerosas en ambos bandos y gracias al Cielo que las huestes de Gondomar llegaron a tiempo para reforzarnos cuando peor estaban las cosas -terció un explorador que se hallaba en una mesa cercana con la mitad del rostro vendado.

-¡Gracias al Cielo y al hijo de Sisnando Davídez, que pudo destacar a mi hijo para que nos avisara mientras él se quedaba atrás cubriendo sus espaldas!- habló Vítulo con un deje de orgullo y admiración en la voz.

-Si, ese muchacho, con su sacrificio, hizo posible que muchos colonos guiados por tu hijo Alvar pudieran refugiarse en La Avanzada y colaborar en su defensa-asintió el veterano explorador bebiendo un sorbo de vino de su jarra.

-Después de la batalla y cuando empujábamos a los diablos beréberes con sus africanos más allá del río Oja, encontramos lo que quedaba del cuerpo de Conrado Davídez -explicó Alvar-Resistió hasta morir y a su alrededor pudimos contar hasta media docena de salvajes negros, destripados con su hacha. ¡Y aún encontramos a un engendro espantoso muerto sin duda por él! -remachó con ira el joven hijo de Vítulo dando un puñetazo sobre la mesa expresando así el dolor que sentía por la muerte del hombre de la frontera.

-Ahora la frontera estará tranquila por una temporada, pero no tardaremos en cobrarnos la deuda de gratitud que tenemos con el espíritu de ese valiente. ¡Muchos perros del desierto pagarán por ello! -juró el gobernador.

Alvar y Vítulo se pusieron en pie con sus jarras alzadas en honor de un hombre valiente, siendo su gesto imitado por todos los parroquianos que allí se encontraban. Todos bebieron y guardaron un pesado silencio después.

Afuera, en lo profundo del bosque, se escuchó el aullido de un lobo en la noche de la frontera.

Ilustración de portada: Joan Arocas.